

DOCTOR HONORIS CAUSA

UNIVERSITAT INTERNACIONAL DE CATALUNA

Prof. Joaquín Navarro-Valls

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector,  
Señores Profesores,  
Alumnos,  
Señoras y Señores,

La motivación, recientemente mencionada, con que la Universitat Internacional de Catalunya me atribuye este Doctorado *Honoris Causa*, hace referencia a un trabajo que ha ocupado 22 años de mi vida. Las circunstancias de aquel trabajo por su tema, sus implicaciones técnicas y por la proyección global que no podía dejar de tener podrían proporcionar elementos de reflexión en este momento.

Pero no voy a referirme a ninguno de esos aspectos, sino a la persona con la que he trabajado estrechamente y para la que he trabajado en esos años. Soy consciente de que Juan Pablo II ha ocupado un lugar de excepción entre sus contemporáneos y hoy ocupa un puesto justamente singular no solo en la historia sino en la vida de muchas personas del mundo, también fuera de la geografía católica y cristiana.

Cualquiera de las múltiples dimensiones de su Magisterio y de su incidencia en la historia podría ocupar nuestra atención. Pero, de nuevo, he de decir que no me ocuparé tampoco de esto. Prefiero simplemente ofrecer algunas breves reflexiones sobre él mismo, sobre su persona tal como yo la vi.

Como es sabido, hace pocos meses fue promulgado el decreto con el que se sancionó el modo extraordinario, heroico con que vivió las virtudes humanas y cristianas. Y esa circunstancia me da ocasión para hablar de él desde una perspectiva que nunca me habría atrevido a enfocar mientras él vivía y yo trabajaba con él. Perspectiva que trasciende la pura consideración historiográfica de Karol Wojtyła.

No puedo decir que me haya sorprendido la rapidez con la que ha procedido su proceso canónico de beatificación hasta la etapa actual. Pero a mi esta etapa me hace recordar los muchos años que en que he tenido la posibilidad de ver desde cerca el modo de ser y de hacer de Juan Pablo II y de poder tocar con mi mano lo que ahora será sancionado como santidad porque quizás no sea necesario recordar que una persona o es santa durante su vida o no lo será nunca.

Ciertamente, de sus virtudes sabremos de modo exhaustivo cuando serán publicadas las actas en su integridad y podamos leer la relación de los testigos directos llamados a declarar. Pero el recuerdo personal, inevitablemente en este momento parcial y subjetivo, se acompaña en mí de tal modo a cuanto he visto de sus talentos intelectuales y morales que me parece imposible no hablar de ellos.

La evocación de las virtudes de Juan Pablo II suscita la pregunta fundamental sobre qué es lo que ha sido, en él, la santidad. Es una pregunta legítima porque no existe santidad en general. No existe una santidad sin la singularidad de cada santo y sin las virtudes normales y visibles atribuibles a alguien. En un santo, el carácter individual se mezcla con el lento trabajo de perfeccionamiento que se cumple en él o en ella durante toda la vida hasta conformarse en una obra maestra y ejemplar que no nos es a nosotros del todo clara y descifrable.

La respuesta específica a la pregunta sobre la santidad de Juan Pablo II diría que no se aleja mucho de la idea que la gente se ha formado de él. Karol Wojtyła era en el ámbito privado exactamente como se veía en público: un hombre de extraordinario buen humor, enamorado, un cristiano que miraba siempre más allá de sí mismo. Por eso no es difícil argumentar en su favor, aunque sea imposible hacerlo convenientemente.

Su peculiaridad personal aparecía principalmente en su relación directa con la trascendencia. Por eso, su espiritualidad era atrayente y simpática, casi naturalmente apostólica y constantemente convincente. Tanto si sufría como si reía – y de las dos cosas era igualmente maestro y discípulo excelente – él no mantenía principalmente una relación especulativa con una divinidad distante y trascendente. En su jornada, estar con Dios era su gran pasión, la más intensa prioridad y, al mismo tiempo la cosa más natural del mundo. Como afirmaba S. Juan de la Cruz – no por casualidad autor muy amado por él – la relación entre Dios y el alma es la de dos amantes.

En la convivencia con él se hacía evidente que Dios no es un código de leyes en quien soportar una creencia sino una Persona a quien creer, en quien esperar y con quien vivir una vida de amor intenso, fiel, recíproco, durante toda la existencia personal. A Dios se puede confiar la propia existencia. A un código moral, ni siquiera una jornada.

Este extraordinario itinerario concreto, congenial a su modo de ser muy directo e inmediato, era la verdadera esencia de su religiosidad cristiana, de su santidad de vida en donde la piedra angular de todo el edificio magnífico era la vida ordinaria completamente injertada en Dios e intensamente marcada por la presencia de Dios. Operativa y orante vivida bajo el mismo prisma visual.

En Karol Wojtyła no había la mínima manifestación de manierismo y de retórica *pseudo* mística. No había en sus devociones otra cosa que el rigor de la caridad, la dedicación consciente y participada de la persona a lo que cuenta verdaderamente para ella. A Juan Pablo II no urgía parecer bueno. Quizás habría preferido – si se puede hablar así, cosa de lo que no estoy muy seguro – no serlo antes que fingir. Aunque sabía que era observado por el mundo, su tendencia constante era abrir todo su corazón a las insinuaciones o exigencias que venían directamente de Dios. Como ha explicado San Agustín en el De Magistro “Quien es llamado y quien enseña es Cristo que habita en el hombre interior”. En Karol Wojtyła esta seguridad no ha faltado nunca en tantas dificultades – y, al mismo tiempo, en tantas alegrías – con las que ha tenido que enfrentarse en su vida.

Creo haber entendido realmente cual debe ser la relación verdaderamente cristiana con Cristo cuando he visto el modo con que se dirigía al Crucifijo con la secreta singularidad de una mirarse

espiritual recíproco en el que se daba y se recibía. Dios no era para él el autor separado de un alma extraña e indiferente sino una Persona que había creado su propia persona: la de Karol Wojtyła. Una Persona con la que poder hablar personalmente y a la que se podía decir, incluso, si era necesario: “A veces, no te entiendo”. Una persona, sin embargo, de la que no podía – ni quería – separarse porque a ella estaba ligado por una relación más íntima que aquella que cada uno tiene consigo mismo.

Una vez, creyendo estar sólo en su capilla, lo he visto cantar mientras fijaba su mirada en el sagrario. No entonaba, ciertamente, un tema litúrgico sino que modulaba en su lengua polaca canciones populares. Era inevitable que me viniera a la mente de nuevo San Agustín cuando afirmaba que “cantar es rezar dos veces”.

No quisiera en absoluto decir que hubiera ingenuidad ni, menos aún ritualidad superficial en el dirigirse a Dios con una tal espontaneidad. En todo caso, había algo concreto en su devoción que incluía el afecto y hasta la ternura. Me parecía – al menos era esto lo que venía a mi mente – que en él se hacía evidente, simultáneamente, la riqueza intelectual de un teólogo y la inocencia espontánea de un chiquillo. Estas dos dimensiones no eran etapas diversas y sucesivas de un itinerario sino la única melodía compuesta de sonidos disímiles pero armoniosamente fundidos en una sola actitud y en una sola experiencia de amor.

Un lado peculiar de su actitud espiritual me ha constantemente sorprendido. Juan Pablo II no era un asceta moralista y ni siquiera un exhibicionista de heroísmos accesorios e inútiles. Su modo de hacer no era el arduo itinerario apático de un estoico. Sus mortificaciones – que sabía, discreta y frecuentemente buscar - eran sólo el modo estimulante y eficaz de unirse a la Pasión de Cristo, de participar junto a él a las alegrías y a los dolores que cualquiera desea compartir con la persona que seriamente ama en su intimidad más profunda.

Su actitud parecía enseñar que es mejor sufrir unido a Dios que alegrarse solo. Muy a menudo para Juan Pablo II se trataba solamente de aprovechar las ocasiones que las circunstancias diarias brindaban para ofrecer a Dios algún pequeño – o grande – sacrificio. Rechazar en el avión el lecho preparado para él en los largos viajes intercontinentales y dormir – o tratar de hacerlo – en el asiento, igual al de quienes le acompañábamos; disminuir el alimento de un almuerzo con

aparente distracción. O renunciar a beber sin decir nada y sin dar justificación, uniendo pudor y renuncia en una delicada discreción personal que evita extrañas preguntas impertinentes.

La finalidad de estas voluntarias arideces sensibles era garantizar a su alma la libertad, la flexibilidad para una perfecta unión con Cristo; la total disponibilidad a escuchar la llamada interior de Dios siguiendo su voluntad con total eficacia.

Cuando se entraba en su Capilla o en su habitación no era infrecuente encontrarlo rezando extendido en el suelo. Bastaba verlo para comprender que aquello no era una aniquilación de sí mismo delante de la infinita majestad del Creador sino el crear una sutil analogía con la que la grandeza de la criatura se unía completamente con Dios mientras la miseria también presente en la criatura encontraba un camino menos inadecuado para unirse al Creador. Si Él se me acerca siempre a mí – parecía decir su vida – es para que yo pueda dirigirme a Él del mismo modo y con la misma confianza.

Así vi yo que para Juan Pablo II el amor a Dios tenía este rostro nítido, extremadamente habitual y extremadamente inusual al mismo tiempo. Un rostro penetrante y profundamente cristiano, habitualmente saturado de santidad.

Agradezco a la Universitat Internacional de Catalunya la concesión de este Doctorado *Honoris Causa* y la oportunidad que con ella se me ofrece de ingresar en su prestigioso Claustro Académico.